

Compués muchos sermones de Mision en abreviatura y junto muchos apuntes de la Libreria de este Colegio, y prevenido de armas espirituales salio á los primeros de Mayo para su peregrinacion Apostolica, á pie, desnudo, con su báculo ornado con la cruz y aldas en cintas, pues tenia túnica halar de anascote para enfaldar la clerical sotana con decencia. Parece le pesaba al Enemigo común ver estas extravagancias en un clérigo, y ya que no pudo arredrar su ánimo para vencer el que dirian de tal resolucion sus hermanos de instituto, le hizo la burla de que á la primera jornada se perdiese una bolsa de apuntes predicables que llevaba atada á la cinta; mas con lo que escapó de papeles en la maleta del compañero (que fué el R. P. Fray Francisco de San Esteban, memorable por tres veces Guardian en el Colegio Apostolico de Guatemala) tuvo con que predicar suficientemente no solo en esta Mision para la que obtuvo licencia de su Prelado Diocesano in scriptis, sino en el tiempo de casi dos años que persiguió ejercitando el ministerio apostolico, con especial licencia del Ilmo Sr. Dr. Garcia de Legazpi Velasco, que andaba visitando su Obispado. Fueron los cuatro destinados misioneros de dos en dos haciendo Mision en varios lugares hasta la Ciudad de Valladolid, allí se juntaron tres Apostolicos Franciscanos y el cuarto nuestro clérigo misionero. Publicaron su Mision y continuaron en ella por todas las Iglesias de la Ciudad con notable edificacion y singulares frutos, congratulándose aquellos Ilmos Srs. Prebendados de oír entre los Eclesiasticos penitentes de los humildes hijos de S. Francisco, un hijo de S. Pedro que hacia verter lágrimas á los que lo escuchaban en lo más florido de su edad tan maduro y fervoroso en los púlpitos. ¡Oh tiempos preciosos, los que en la variedad de hábitos y externas vestiduras con que hermosea la Santa Iglesia á sus hijos, y ellos son su mejor adorno, se ven todos uniformes en la orla de oro de pura caridad para emplearse en la salud de las almas, emulando por consejo del Apóstol los mejores carismas!

Capítulo V. Dáse razon más amplia de lo que precedió á esta Mision, el tiempo que duró y frutos de ella.

Para que se califique de heroica la accion de ausentarse de su Patria nuestro misionero, se debe notar que el devoto caballero

Don Juan tenía siempre hecha su disposición testamentaria, tan cristiana y piadosa, que en ella solo nombraba por sus únicos herederos á los pobres de la Ciudad de Querétaro de quienes siempre se confesaba deudor, y todos los años renovaba su testamento en la Ciudad de México, dejando á la disposición de sus Abbaças el que administrasen sus haciendas y distribuyesen las limosnas en los pobres, instituyendo los herederos en confianza y benedictos de todos sus bienes. Uno de sus abbaças era el M. R. P. Rector, que al tiempo de su fallecimiento lo fue del Colegio de la Sagrada Compañia de Jesus de esta Ciudad de Querétaro el Bachiller Don Juan Antonio Perez de Espinosa, á quien miraba como confidente de todos sus designios. Llególo á entender el Padre Juan Antonio, y consultando el punto con su Director espiritual despues de recapacitarlo mucho en la oracion, cubrió tal temor á esta incumbencia, que se resolvió á todo trance á abandonar las temporales conveniencias por seguir con libertad su vocacion apostólica. No tuvo aliento para exponer cara á cara sus designios á quien reverenciaba como á padre y digno de las mayores atenciones; pero le expuso en una muy atenta y dilatada carta como se hallaba llamado de Dios para el ministerio de las almas y le pedía su bendiccion para ello despidiéndose con mucha ternura. Esta carta, que dejó en manos de su confesor, no se entregó hasta haber salido de la Ciudad y aunque sintió el exemplar sacerdote esta ausencia con extremo, no pudo ya por entonces atajarla.

Volviendo á tomar el hilo de la narracion historica, acabada la Mision de Valladolid, pasó con los tres Misioneros Franciscanos á la Ciudad de Patzcuaro, y concluida allí la Mision, determinaron volverse los Apostólicos á su Colegio y nuestro Juan Antonio se quedó en esta Ciudad continuando sermones y doctrinas, y á fuerza de diligencias consiguió por compañero al Bachiller Don Miguel Perez Romo, que era á la sazón Dicoeno, digno hijo de esta Ciudad de Querétaro y espejo en su muerte de todos los varones eclesiásticos de su estado. Con él se mantuvo dando pasto espiritual á los vecinos de Patzcuaro, siendo su posada en el Hospital de Santa Martha, Santuario devotísimo de la Santa Virgen de la Salud, y hoy Huerto ameno de Virgenes Religiosas con el Instituto de Sta. Catarina de Sena, Cortaderas candidas de la lana de N. P. Santo Domingo. Ante esta Ymagen, que he adorado varias veces, y es de los Cielos, ardía la devocion, se fre-

22  
cuentaban sus sacramentos, y los hombres seculares y mujeres no trataban más que de mostrarse cristianos y piadosos. Pude mucho un buen ejemplo, y un sacerdote desinteresado es bastante a convertir para Dios toda una República. Después de algunos meses pasó a la Villa de Zamora, continuando con tesón su ministerio, y encontré en aquellos piadosos ácidos (que tal vez me los dió a conocer mi ministerio) una aceptación tan universal, que no solo estaban pendientes de sus labios para castigar por todo género de vicios, mas con solo insinuaciones se dedicaban con esmero a todo lo que era de virtud.

Mantínvase en esta tan piadosa como Gloriosa Villa mucho tiempo, en que no le vacaba instante para confesiones, asistencia de enfermos, ejercicios espirituales y consuelo de toda suerte de personas que lo consultaban en sus aflicciones y angustias de conciencia. Cobráronle tanto amor, que no quisieran perderlo jamás de su vista, y temiendo noticias algunos Señores del Glorioso Cabildo como su Misionero deseaba plantar en algunos lugares de estos Reinos el Instituto de San Felipe Neri, se ofrecieron por su parte cómodo para la fundación, y se obligaron con escritura pública a costearle la fábrica y facilitar los medios para mantener allí algunos Congregantes, y hasta hoy no se les han respiciado sus finísimos deseos. Furo en esta Villa alguna luz por los penitentes que lo buscaban, de la gran penuria de alimento espiritual que se padecía en las orillas del Rio grande y Rio turbio, no lejos de Zamora, y para poder remediar esta tan apretada necesidad, impetió por carta nuevas licencias del Vno. Señor Arzobispo de donde era Dominicano para proseguir en las Misiones otro año, que era el de 1704, como lo executó, con tan conocido fruto, que encontrándose en cierto lugar de dicho Obispado con el R. P. Maestro Tomás de Escalante Varon verdaderamente Apostólico de mi siempre venerada Compañía de Jesus, que andaba haciendo Misiones en Rio turbio, y habia tratado y conocido al Padre Juan Antonio años antes en Querétaro, palpando por sus manos el fruto de los sudores del pobre Clerigo Misionero, estrechándose con él, le dijo: "Juan Antonio, no te quiere Dios para tu tierra." Ello se verificó así pues nunca pudo en su Patria establecer una forma de vida clerical como la de San Felipe Neri, ni sus sudores y trabajos merecieron la recompensa que deseaba su celo para bien espiritual de sus compañeros, pues propia comodidad pudo tenerla y

23  
nunca la deseó, ni la tuvo.

Quando más gustoso se empleaba en la tarea llena de afanes de Misionar Apostólicamente, le llegó obediencia de su Prelado el Sr. Arzobispo para que se restituyese a su Patria, impetrada del amor paternal que siempre le tuvo su protector el Comisario de la Santa Inquisición y de la Cruzada, Don Juan Caballero y Ocio, tomando por pretexto viniese a servir la Capellanía con que se habia ordenado, que era cantar todos los jueves la Misa de Renovación de Sanísimo, pues aunque podia cumplirse esta obligación dejando, como dejó el Padre sustituto que puntualmente satisfacía a este cargo, no halló otro recurso para volver a su presencia a su amado hijo Juan Antonio el piadoso Patron, que no se hallaba sin el consuelo de tenerlo siempre consigo. Dejó el Misionero con bastante quebranto de su corazón, la copiosa mies que iba cultivando su celo, y se vino a esta Ciudad obediente, aunque siempre resignado a las disposiciones del Cielo. Luego que tomó la bendición de su amante Favorecedor, le expresó sinceramente los muchos motivos que tenia para no correr con los negocios que queria encomendar a su cuidado en la administración de sus haciendas, pues no tenia génio para cosas seculares, y solo lo llamaba la inclinación a trabajar cuanto pudiese en cosas de las almas. Quedó muy satisfecho su Rientector, y deseando sin perder de vista a su Juan Antonio darle consuelo, le propuso buscásele compañeros a su propósito, y que hallándolos tales, él se prometía fundarles Colegio y dar todo lo necesario para este efecto, sacando las licencias que se necesitasen, con tal que no le diese a sentir segunda vez la ausencia que tanto habia lastimado su corazón caritativo. No faltaban eclesiásticos que deseaban esta obra y se ofreciesen a acompañar a nuestro Juan Antonio; mas consultándose el Patron con personas de toda autoridad, retardaban sus buenos deseos con representarle la poca consistencia que suelen tener las Congregaciones de Santos libros, aunque sean virtuosas; poniendo por exemplar los pocos eclesiásticos que se mantenian en las Congregaciones de México y La Puebla, siendo copioso el número de varones virtuosos de aquellas populosas ciudades; y todo esto con lo que debajo de cuerda sugiere el enemigo de todo lo bueno, apagó aquella centella que apenas co-